

pudo poner frente á frente de los conservadores un núcleo que valiera la pena.

Toda esa historia, triste unas veces, alegre á ratos, penosa á trechos y heroica siempre, llena de dolores, glorias, miserias, abundancias, rasgos de ingenio y rasgos de audacia, toda esa historia me la refirió Parapilla con entusiasmo sin igual. Cuando concluyó soplabá un vientecillo refrescante que era como un hálito salubre que cayera sobre la frente de la noche; asquerosos animaluchos, de los que llenan aquí el aire cuando se avvicina una tempestad, caían sobre nosotros introduciéndose por los intersticios de la ropa; á poco una gran ráfaga de aire alzó las hojas, arremolinó el polvo y trajo consigo gotas de agua; luego empezaron á caer tibios goterones que parecían grandes cuartillas de cobre, y que al absorberse en la tierra le arrancaban un aroma de germinación, de placer y de vida. Al fin se desencadenó una tempestad de las de tierra caliente, que inundó caminos, llenó álveos de arroyos y ríos, desgajó árboles, arrastró viviendas y á nosotros nos obligó á meternos en la nuestra, á hurtar las caricias del agua, que seguía descendiendo como enorme manto cristalino.

Lo que me contó Ginés lo sabrás mañana.

*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

Rosario, 1865.

Mi Eugenia de mi corazón: quizás desees conocer cómo terminó la narración del infatigable capitán Ginés Martínez.

— Amigo, ¿sabe lo qué es cajeta? ¿Cómo se escapó el bueno de Corona de caer en las garras de Uraga? Ese Uraga, amigo Olivos, era y es el primer farolón de estos tiempos. ¿Se acuerda de la piocha? ¿Y de los espejuelos de oro? ¿Y de la cara de mariscal de Francia? ¿No le conoce? Pues no ha perdido cosa... ¿Y sabe lo que le digo? Que el mayor y más buen amigo que ha tenido es el general Woll... Allá voy, allá voy á decirle por qué: porque le echó abajo una pierna el veinticuatro de Mayo del 60. Yo vi, yo vi todo: ¡si les conozco como si les hubiera acabado de desensillar!... Le levantaron lleno de sangre; con este huesito largo, este que tenemos aquí, roto cerca de la choquezuela... No se lamentaba ni daba gritos, pero, amigo, la cara era como de pan de cera... como de papel. Le llevaron á la casa del cónsul alemán, un viejo gordo, tragón de cerveza, que se enflautaba el primer vaso todavía en la cama—tío Oetling se llamaba... — «No ha sido nada», dijo cuando el cirujano le volvió á la vida; «que siga el ataque». — «Mi general, le contestó un médico, no

sé si Jiménez Castro ó Lauro Guzmán, las columnas van ya de retirada: murió Contreras Medellín ó va muy mal herido; murió...» — «¡Cómo de retirada, malajo! eso no es seguir mis órdenes; debieron...» Y quiso pararse violentamente; pero las fuerzas no le ayudaron: cayó desvanecido en la cama. Tres horas después estaba charlando con Woll, que también iba lastimado... ¿Qué tal?

Ni le diga lo que era don José López Uraga cuando mandaba el ejército del Centro: tenía á sus órdenes una chinaca para dar miedo, y él no lo sabía ó no lo quería saber. Cuando le oíamos mover la pata de palo de aquí para allá en el piso de su habitación de Sayula, que por cierto estaba en alto, nos echábamos á temblar como azogados. Al bajar era lo chistoso: «Así no se saluda, señor comandante... ¿Qué pasó con el quepis, coronel?... Esa capa no es de reglamento, Española... ¿Qué botones son esos, Reguera?... Lucido anda usted, don Antonio...» Y así por el estilo, hasta cansarnos, hasta volvernos locos. ¿Qué íbamos á saber nosotros, chinaca brava, puro hachero revuelto con mocho, qué íbamos á saber de uniformes, ni de presillas, ni de saludos? A nosotros que nos hubieran dicho: «¡á machetear á esos!», «¡vénganse contra los de la orilla del arroyo!» y estábamos listos; pero de chistes de milicia no entendíamos. ¿Para qué es más que la verdad?

¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! bueno: ¿pues quiere creer que

cuando nosotros estábamos amarrándonos la tripa y aprendiendo á hacer caravanas y enseñándoles á los muchachos el ejercicio, el maldito cojo, Uraga, ya les había bailado el agua á los franceses, y si me rindo si no me rindo, vivía lleno de vacilaciones? Porque eso que no me lo cuenten á mí; ganas de pasarse le sobaban; pero tenía un cerote de los demonios y temía que le hiciéramos pedacitos á la hora que algo le hubiéramos sabido. Con los jefes, tinguili tinguili: á Salazar, á Arteaga, á Echegaray, á Ornelas, mucho de «compañero» y de «éste sí es valiente, y valdría más si no fuera tan calaverón», y «éste luciría mucho si no fuera tan caprichudo», y «ya verán qué ejército vamos á levantar», y cosas así. Pero no jugaba á cartitas vistas: unos tales Gómez Farías, hijos de aquel don Valentín, que dicen era más honrado que la honradez, esos tales... Ya les iba á decir jijos, cuando el padre nada merece; pero ellos por sus hechos... En fin, que ya andaban de correvidiles entre Uraga y Bazaine y un padrecito de Guadalajara que le decían Caserta... ¡Porquerías, sinvergüenzadas, enjuagues de políticos! A todos les conozco como si les hubiera acabado de desensillar... ¡Caramba, pues el aguardientito es de ley! raspa y se sube... ¿No se resuelve? Pues á su salud...

¿En qué íbamos? ¡Ah, sí! bueno: pues Uraga nunca había pasado á Corona; le chocaba como á sus culpas no más al verle tan sencillote, tan á la buena de Dios, vestido

con un trajecito negro y llevando un sombrero que no valía una peseta entre amigos. «¡Qué generales, qué generales tenemos! ¡como yo dure un poquito en estas cosas he de hacer una escarda de generales que habrá que ver!»

Pero esas eran levas; en realidad, queriéndole ó no, buscaba á Corona y trataba de atraerle á su puerquísima causa. Cuando don Ramón salió á encontrar á Uraga en Tecalitlán, el general en jefe le citó para Zapotlán, preguntándole si no le convendría tomar el mando de alguno de los cuerpos que rodeaban á su persona. Corona respondió que juzgaba inútil ir á quitar del frente de sus fuerzas á un jefe cualquiera, cuando él tenía sus bebederos en otra parte, entre los costeros de Acaponeta. Uraga ni siquiera respondió á aquello, sino que, volteando la espalda, dejó á Corona ofendido y lleno de rabia.

Pero Corona no se embarcó en el Manzanillo, como tenía pensado: el general Arteaga se enfermó de pronto; Corona tuvo que substituirle en el mando de la división y ponerse á las órdenes del cojo... Por cierto que así salió mejor, porque de haberse embarcado... pero no quiero enredarme; otra vez le diré esas cosas.

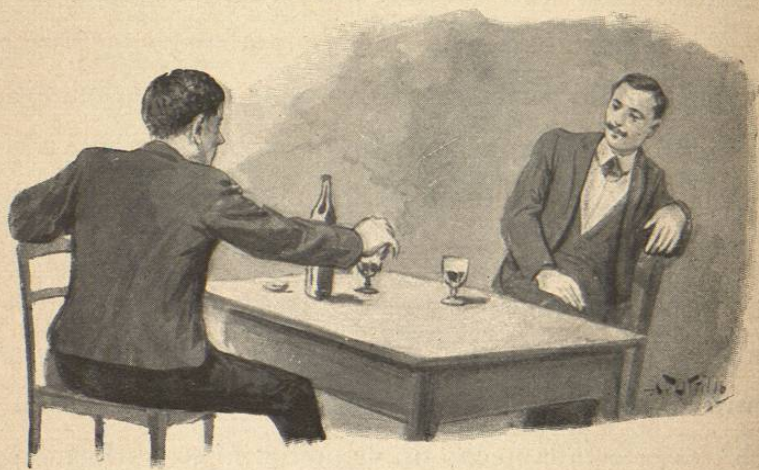
Bueno, pues tiene usted para bien saber y yo para mal contarle, que un día salió en la orden del cuartel general, la de que todos los jefes y oficiales habían de estar á cierta hora para oír el voto de gracias que se iba á dar al teniente coronel don Ciro Uraga Obregón—ahora hijo del

don José—por el informe que la inspección había rendido sobre su buen comportamiento... Su buen comportamiento—¡muñeco maldito!—ha sido ponerse á la disposición de Maximiliano y estar sirviéndole de oficial de órdenes lo mismo que el tata. ¡Jijo de la grandísima!... Yo desde entonces me figuré todito, porque les conozco como si les hubiera acabado de desensillar.

Bueno, pues que Corona, que estaba chiviándose de este alto de puro berrinche que le causaban las majaderías del viejo, pidió permiso para no estar en la ceremonia é ir á recibir á Arteaga, que ese día se presentaba ya restablecido. El general le dió la licencia; pero á la vuelta, allí te quiero ver, escopeta; le recibió Uraga con una vela de los demonios, pues no sólo no había ocurrido á donde le mandaban, sino que tampoco había dejado que fueran los oficiales de su división. Corona dió una excusa, pero Uraga estaba hecho un demonio: ni se conformó con la reprimenda ni oyó las disculpas; mandó suspender á Corona, por un mes entero, en el mando de la división, para castigarle por la falta de atención al príncipe heredero; y aunque Arteaga procuró que se levantara el castigo, ó que por lo menos no se publicara, don José se estuvo firme y no concedió nada.

En eso se acerca Douay con toda su gente; Uraga se propone resistirle y sitúa su cuartel en la hacienda de San Marcos; coloca sus reservas en el mesón de la finca,

establece los hospitales en algunos ranchos á retaguardia, y á la cuarta división me la manda al Cerro Blanco... ¿Usted no conoce aquello? Pues es muy fácil: supóngase que esta copa es el volcán de Colima... Bueno... Esta otra será el Cerro Blanco, y por todo este camino, que lo fingimos con el tequila tirado en la mesa, hacemos el camino de Peaya... Peaya está aquí; es este salero... Bueno, pues



Corona, que tenía por todo trescientos hombres de tropa mediana, empezó á recorrer aquello de manera que se convenció de que había por allí un punto por donde podía meterse todo un batallón si sentía ganas de ello. Lo comunicó á Uraga y el viejo se enchió como si hubiera oído algún impropio. «Entregue usted el punto al general Arteaga». — «Pero, mi general, mi deber me manda comunicarle á usted...» «¡No hay deber que valga!...» «Mi general, una sencilla observación...» «¡No me gusta que se me

hagan observaciones!», gritó el farolón pálido de la rabietta. «Mi general,...» «No hay general; usted viene á decirme esas cosas para ver de no cumplir mis órdenes y para desmoralizar á la tropa». «Mi general, yo creo... me parece que no desmoralizaré á los señores generales presentes relatando lo que he visto...» «¡No me replique usted!» «Replico lo que es mi derecho y mi obligación», dijo Corona viendo ya círculos violados con cerco amarillento y sintiendo que iba á hacer una sonada. Intervino en eso el general don Ramón Iglesias, que había estado presente á la disputa, dió la razón á Corona, calmó á Uraga y puso todo en paz.

Pero las cosas no habían de acabar allí: el secretario de Uraga, un licenciadete llamado Buen Romero, y que por cierto le hizo á su jefe más males que bienes, llamó aparte á Corona y le dijo debía poner su firma en un manifiesto que el ejército dirigía á la nación protestando del mote de juarista que se le daba y diciendo que iba sólo á defender la independencia nacional. El jefe Corona quiso enterarse de lo que decía el papelón que se iba á firmar; el secretario interrogó á Uraga con la vista sobre si podía hacer aquello; el general dió su permiso de mála gana, y cuando Corona leyó el escrito preguntó con esa malicia ranchera que es tan curiosa, si no hacía falta mencionar allí la Constitución y las Leyes de Reforma. «¡Qué falta van á hacer esas cosas, hombre! respondió Uraga reportándose.

Es cierto que Juárez es el presidente y que se dice constitucional, pero ahora no hay Constitución ni Reforma ni nada, y nosotros no vamos á hacerle el caldo gordo á don Benito.

Corona consideró que una rebelión declarada en aquel momento, en que Uraga podía mandarle fusilar, darle de baja con pésima nota y frente al enemigo, ó por lo menos levantarle un caramillo y mandarle procesar empapelándole hasta la consumación de los siglos, era la peor salida que podía ocurrírsele. Decidióse, pues, y poniendo su firma en el acta se retiró á pensar cómo dejaría aquel vericuetto.

Por aquellos días, teniendo, como quien dice, á los franceses en las purísimas narices, no pensó Corona en la manera de salir de aquel aprieto; mas apenas se retiró el enemigo, empezó á labrarle más y más aquella especie de deserción de sus principios viejos, siempre confesados y nunca desconocidos... Después de pensarlo mucho, se levantó un día de mañana, cogió la pluma y *crac crac*, escribió una cartita á un periódico de Colima, explicando que al protestar que defendería la independencia de la patria quedaba sobrentendido que también defendía la Constitución y las Leyes de Reforma, que era la precisa consecuencia... Ya falta poco; pero nos tomaremos la del estribo, la penúltima... A su salud.

Bueno, pues que—¡caramba, ya estoy medio *tuturusco*!

—pues que Uraga se puso como un chilaquil al ver la carta de Corona, y le mandó otra en que, á vuelta de insultos, le decía que no tenía derecho para ver en sus actos reticencias ni reservas. Que bien sabía que no era capaz de tener una buena ó mala idea sin manifestarla, y que procediendo con su genial franqueza, le hacía presente que desde mucho tiempo antes tenía de él un pésimo concepto, fundado en que por su causa se había perdido la brigada de Tepic, sucediendo lo mismo con los pertrechos de guerra que se habían enviado por el Manzanillo; y por último, que sus observaciones sobre la defensa del Cerro Blanco le habían hecho indigno de pertenecer al ejército que mandaba, por todo lo cual esperaba que pidiera pronto su licencia, que estaba pronto á concederle.

Al leer aquella carta Corona no tuvo ya duda ninguna: ciertos eran los toros; el cojo Uraga, aquel á quien todos los liberales le parecían liberales de agua tibia y todos los constitucionalistas, constitucionalistas de contentillo, aquel para quien Ocampo era un sacristán disfrazado, Juárez un beato, Degollado un cazurro y todos unos mochos más ó menos declarados, Uraga, repito, era, en fin de cuentas, un traidor y sólo un traidor.

Corona tenía y tiene á su lado á un hombre de oro y capaz de hacer por él todos los sacrificios: don Juan B. Sepúlveda se llama ese sujeto, y la verdad, no tiene cuate como vivo y tremendo. Es de cuerpo regular, moreno, de

ojos grandotes, lambrijillo, tardo para hablar, difícil para decidirse; pero en resolviéndose le da un disgusto á Dios Padre. Con decirle que es el que tiene la llave de la despesa en el ejército de Corona, se lo digo todo: el dinero que hace falta, las ropas, la comida, cuanto han menester lo busca Sepúlveda no sé dónde, quizás debajo de las piedras; es de lo más tracista y de lo más endiablado. A uno le impone un préstamo, á otro le suplica le facilite lo que ha menester, á una vieja la adula hablándole de sus mocedades, á un cura le cuenta las impiedades que hacen los franceses, á un alemán le da cerveza y le ofrece que todo se arreglará cuando venga la república y á un americano le dice de Wáshington y los hombres de allá; ello es que saca el dinerito y que la tropa no carece de nada y que se puede emprender expediciones y que se trabaja sobre seguro, como no se trabajaría si Corona tuviera que atender á juntar la plata y á luchar contra la gabachada.

Bueno, pues este Sepúlveda, que es vivo como una punzada, leyó la carta y le dijo á don Ramón: Bueno, lo que éste tiene es un humor de los demonios porque no pudo jugarle el dedo en la boca... ¡Es más canalla!... Usted lo que ha de hacer es eliminarse antes que le eliminen: éste es capaz de todo.» Don Ramón habló entonces con Arteaga. El pobre estaba todavía en cama: ya sabe usted, el balazo que le dieron en Acultzingo, que le mana podre y sangre hasta dar asco. «Hombre, usted está viendo

visiones: no hay nada de lo que se figura». — «¿Cómo que me figuro, don José María? Papelito jabla; no le quepa duda de que éste voltea chaqueta el día menos pensado». — «A usted sí que le convendría voltear la suya, que está muy luida de por los codos... No, hablando seriamente; para mí, Uraga no es traidor». — «¿Quiere oirme, general?» preguntó Corona con solemnidad. «Si no nos prevenimos, este cojo nos madruga... ¿Vamos alzándonos contra él y nombrándole á usted en su lugar?» — «No, eso no; cualquier cosa antes que eso». — «Como guste, mi general; pero yo me voy, me voy adonde pueda servir de algo». — «Pues antes déjeme hablarle, sondearle, enterarme de cómo camina». — «A usted le hace guaje, don José María: usted juzga el pecho ajeno por el suyo y no sabe que así como usted es de valiente y de leal es él de falso y de bellaco. Vamos desconociéndole».

¡Quién nos había de haber dicho que Corona estaba en lo justo y que lo que él proponía entonces, cuando podía haberse salvado todo el ejército, se había de hacer más tarde, cuando ya no había remedio posible!... Pero, en fin, ahora ni llorar es bueno. Estas cosas se hacen á su tiempo, porque para luego es tarde.

Arteaga, con todo y su panza y con todo y sus once ovejas, fué al cuartel del general en jefe, que le diría no sé qué, pues que volvió al lado de don Ramón lleno de récrimaciones... «¡Hombre, por Dios, qué mal había juz-

gado usted á nuestro jefe... No sólo no es un traidor, sino que ni enojado está contra usted. Dice que celebra mucho haber conocido á un hombre de la energía y de los pantalones de usted; que quiere hablarle á solas, de amigo á amigo, y que está seguro de que usted no pensará en irse ni tanto así». «Ya es muy tarde, dijo don Ramón—esto me lo contó Sepúlveda, ya usted sabe, el trigueñito: le conozco como si le hubiera acabado de desensillar—ya es muy tarde, mi jefe. Ya es muy tarde: el tiempo dirá quién ha tenido razón». «Adiós, amigo, que le vaya bien».

Mas veo que se está durmiendo: otro día le contaré cómo estuvo el paso de Corona á Zacatecas, su entrada en Sinaloa y la mar de cosas que tengo pendientes. Ya verá lo que es bueno.

Cuando llegaba aquí, oímos un estrépito grande, dos tiros, muchas voces, carreras de gente, cerrar de puertas...

Mañana te diré qué era aquello, pues deseo tenerte un poco atenta á mis relatos. Tuyo siempre.

*Miguel.*

DEL MISMO Á LA MISMA

Presidio, 1865.

Nena de mi alma: ya estoy en Presidio, es decir, ya estoy en la población llamada así y que á cuenta debe de haber sido alguno de tantos lugares que el gobierno español destinaba á custodiar los caminos contra los indios y

á impulsar la formación de poblados. Te explico todas estas cosas para que no llegues á figurarte que me tienen guardado otra vez en lugar seguro por causa de mis culpas. Lo primero que vi...

Pero antes que te diga lo que vi y lo que no vi, quiero decirte el suceso de la última noche que pasamos en el Rosario.

Es, pues, el caso que á poco que se oyeron los gritos, los insultos, los tiros, los redobles de tambor y el cerrar de puertas, signos que anuncian indefectiblemente el riesgo en que se halla un lugar, se escucharon voces de placer, palmoteos de abrazos, frases que indicaban antiguo y bien enraizado conocimiento.

— ¡Pero, si son ustedes!...

— ¡Caramba, qué modo de anunciarse!

— Yo habría jurado que eran los de Lozada.

— ¡Qué Lozada ni qué demonios!

— Pos ya lo ven; todo está explicado.

Era una partida de los de Corona, que venía en busca de armamento, provisiones, ó no sé qué, y que cuando llegaba más confiada al pueblo del Rosario, era recibida á tiros por sus propios amigos. Pronto se deshizo el enredo, y las dos secciones fraternizaron llenas de gozo. Nuestro mesón quedó apretado de soldadesca—hombres y mujeres, ya lo sabes—y el buen Ginés, que es de lo más comadrero, metesillas y sacabancas que he topado en mi vida, co-